

La noción de imaginario social en Michel Maffesoli

Ángel Enrique Carretero Pasín

Universidad de Santiago de Compostela

RESUMEN

Michel Maffesoli es uno de los sociólogos actuales que más se ha interesado en el estudio de la eficacia social de lo imaginario en el ámbito de la cotidianidad. En este trabajo se intenta profundizar en la dimensión teórica del imaginario social en este autor. El terreno en el que nos movemos es, pues, el de la teoría sociológica, incidiendo en cuatro aspectos determinantes en su consideración del imaginario social: el significado de la utopía, la problemática en torno a la modernidad, la integración simbólica en el *neotribalismo* y la legitimidad del orden social.

Palabras clave: Imagen Social, Modernidad, Utopías, Tribus.

I. APROXIMACIÓN A LA OBRA Y AL PENSAMIENTO SOCIOLÓGICO DE MICHEL MAFFESOLI

Michel Maffesoli estudió filosofía y sociología en Lyon, logrando la maestría con un trabajo acerca de la técnica en Marx y Heidegger. A comienzos de la década de los setenta se traslada a Grenoble, en donde toma contacto con Gilbert Dürand, quien dirige su tesis de doctoramiento y le introduce en la temática de lo imaginario. En su primera obra, titulada *Logique de la domination* (1976) —traducida al español un año después—, acomete un proyecto de revisión de los pilares teóricos del marxismo ligado a una crítica de la lógica tecno-productiva instaurada en la modernidad, al mismo tiempo que comienza a vislumbrar la importancia de lo imaginario como germen sobre el que necesariamente descansa la utopía. En 1979 publica *La violence totalitaire* —traducida al español en 1982—, en donde, siguiendo con el análisis crítico de la modernidad emprendido en la obra anterior, cuestiona la *asepsia* social generada por la racionalidad prometeica desencadenada a raíz de la modernidad. En estas dos primeras obras la preocupación teórica de Maffesoli gira, en la línea del marxismo frankfurtiano, en torno a la *reificación* y *desencantamiento* de la vida social provocados por la entronización de una unidimensional racionalidad convertida en fuente de dominación. También en 1979 publica *La conquête du présent. Pour une sociologie de la vie quotidienne*, en donde se presenta una lectura de lo cotidiano alternativa a los análisis marxistas clásicos que habían enfatizado su carácter alienado. Más bien, se contempla la cotidianidad como invención, creatividad y, especialmente, como espacio de resistencia a todo tipo de coacción o imposición externa.

En 1981 es nombrado profesor titular en La Sorbona y funda, junto con el reputado antropólogo Georges Balandier, el Centro de Estudios sobre lo Actual y lo Cotidiano, buscando aplicar la noción de imaginario a ámbitos concretos de la cotidianidad. *L'Ombre de Dionysos. Contribution à une sociologie de l'orgie* (1982) —traducido al español en 1996— y *Essais sur la violence banale et fondatrice* indagan en los aspectos propiamente irracionales, *alógicos*, de la existencia social que fueran eclipsados y doblegados por el modelo de racionalidad impuesto por la modernidad, pero que retornan y se hacen palpables en diferentes contextos de las sociedades contemporáneas. Fruto de la preocupación teórica por desentrañar la lógica de lo cotidiano, persistente en el itinerario intelectual de Maffesoli, en 1984 publica *La connaissance ordinaire. Précis de sociologie compréhensive* (1985) —traducida al español en 1993—, obra en la que se busca fundamentar una verdadera epistemología de la vida cotidiana, amparándose para ello en el *formismo simmeliano*. En dicha obra, Maffesoli, desmarcándose del paradigma positivista reinante en las ciencias sociales, trata de elaborar un sugestivo modelo hermenéutico destinado a la comprensión de la significación de lo cotidiano, dando primacía a los elementos simbólicos, imaginarios, mitológicos, siempre inherentes a la vida social, y a una *razón sensible* que se abra a la eluci-

dación del componente pasional, lúdico, sensible, defenestrado en la tradición sociológica racionalista. Posteriormente, en *Éloge de la raison sensible* (1996) —traducido en España un año después—, Maffesoli retomará esta preocupación epistemológica que, en realidad, está presente a lo largo de toda su trayectoria intelectual.

En 1988 publica *Le temps des tribus. Le déclin de l'individualisme dans les sociétés de masse*, texto emblemático traducido dos años más tarde en España y que propicia que su pensamiento comience a afianzarse en nuestro panorama académico. En este texto, Maffesoli propone la noción de *tribalismo* como determinante de la lógica que preside la cultura vigente. Las sociedades actuales, descreídas de un ideal de futuro propiamente moderno, se conformarían sobre una abigarrada y fragmentaria gama de microcomunidades sociales articuladas en torno a sentimientos y experiencias conjuntas que descansarían sobre una particular forma de *socialidad*. *Au creux des apparences. Pour une éthique de l'esthétique* (1990), *La transfiguration du politique. La tribalisation du monde* (1992), *La contemplation du monde. Figures du style communautaire* (1993) y *Du nomadisme. Vagabondages initiatiques* son continuadoras de la línea teórica abierta en la obra anteriormente indicada, tratando de radiografiar la lógica cultural de las sociedades postmodernas desde el paradigma tribal. Así, el análisis de lo postmoderno en Maffesoli gravita sobre una idea central: la postmodernidad implica un retorno de lo arcaico, de lo arquetípico, anteriormente sepultado por la modernidad, bajo unas novedosas figuraciones que estarían expresando un emergente *reencantamiento* del mundo.

L'Instant éternel (2000) —traducido al español en 2002— y *La part du diable. Précis de subversión postmoderne* (2002) prosiguen el análisis de las sociedades postmodernas de obras anteriores. En ellas se enfatiza que el declive de los pilares básicos sobre los que se configurara la modernidad, a saber, las categorías de razón, individuo y progreso, estaría dando paso a una nueva arquitectura cultural cuyo esclarecimiento constituiría el verdadero reto intelectual de nuestra época.

II. IMAGINARIO Y UTOPIA

En *Lógica de la dominación*, obra en la que comienza a ser objeto de análisis lo imaginario, Maffesoli señala la trascendencia de la ensoñación colectiva en cuanto movilizadora de la realidad social instituida. A partir de una revisión del papel asignado a lo imaginario en el pensamiento de Freud, Maffesoli reivindica la creatividad de lo imaginario como la de un ensueño que ha sido doblegado por una coercitiva racionalidad productiva. De ahí que, apoyándose en Marcuse, la esencia de lo imaginario radique en una reacción contra la renuncia que impone una civilización represiva. Por eso, la vitalidad de lo imaginario se apo-

ya sobre el despliegue de una fantasía que fractura la monotonía cotidiana y estimula la vida social. «Las consecuencias que derivan de lo imaginario colectivo-individual podrán ser la volatilización gratuita y festiva de las fuerzas del cuerpo, el juego con la muerte, el intercambio transitivo; cosas todas que escapan a la esfera de la economía, cosas todas que, aunque aquí se las haya indicado de una manera sucinta, se anuncian como importantes en el devenir histórico como superadoras del valor y del productivismo occidental»¹.

Según Maffesoli, la utopía, contemplada desde la perspectiva de la forma y no del contenido, se revela como una manifestación propia de lo imaginario. A través de ella, el hombre se recrea en el pasado o edifica un añorado futuro, renegando, así, de su realidad cotidiana. La utopía debiera ser concebida a la luz de una movilización de expectativas de la realidad generadas por el poder de la ensoñación, como un ansia por trascender lo real a través de la instauración de posibilidades de realidad no actualizadas, o, en palabras de Maffesoli, como «...el reconocimiento de un desequilibrio estructural que deriva del dinamismo de la aspiración, y procede de la tensión continuada entre lo posible y lo imposible»². De alguna forma, la noción de sueño diurno de Ernst Bloch apuntaría en esta dirección. «Así esbozada, la utopía concreta puede ser un medio eficaz para organizar el mundo futuro, permite también dar cuenta, de una manera menos mecanicista que en el marxismo vulgar, de las relaciones que existen entre lo imaginario y lo real. En este sentido, el análisis que hace Bloch de los sueños diurnos (*tagstraume*) pone de manifiesto el carácter dominable y proyectivo que éstos poseen»³.

De hecho, para Maffesoli, tras todo proyecto revolucionario late siempre el germen de la utopía como medio de trascendencia de lo real y apertura a lo posible. «La apertura del campo de lo posible contra la fatalidad del presente o las imposiciones del pasado, procede de esta extraña pasión “por decir nuestra vida, así, directa totalmente”, es la ebriedad primaverales y romántica que impulsa la lucha contra la trivialidad de lo establecido y que, al aliarse con la lucidez (y al desarmar así el aspecto escéptico de la lucidez), constituye el más firme motor de la revolución»⁴.

Algunos años más tarde, Maffesoli reincidirá en la tesis de que lo imaginario es aquello que dota de vigor a la utopía al movilizar la *potencia* social y cuestionar, de este modo, el orden establecido. Esto se produce porque, en realidad, el ensueño, lo imaginario, el mito, canali-

¹ M. Maffesoli, *Lógica de la dominación*, Barcelona, 1977, pp. 94-95.

² *Ibid.*, p. 40.

³ *Ibid.*, p. 49.

⁴ *Ibid.*, p. 52.

zan las aspiraciones sociales a través de la dimensión simbólica. «Los mitos, otra manera de decir los sueños, en los cuales se ha expresado, en su sentido más fuerte, el “simbolismo” de un conjunto social; o para decirlo de una manera trivial, su cosa mental. Este simbolismo existe antes y después de la política, la irriga en profundidad, él es, de algún modo, el estrato subterráneo»⁵. En efecto, la fecundidad de los mitos para dinamizar la acción colectiva descansa siempre en su apelación a un ámbito más vivencial que propiamente racional. «Apoyándose en la terminología de Durkheim, la interpenetración de las conciencias, de otra manera conocida como ideología, produce “una existencia psíquica de un nuevo tipo”, que piensa y actúa de manera autónoma. Esta metáfora referida a la sociedad no carece de audacia. De algún modo, recalca bien la solidez y originalidad del vínculo simbólico. La asociación que resulta de ello es también un factor activo que produce efectos especiales. Esto es lo que es importante en las representaciones»⁶.

El dinamismo de un movimiento social, como anteriormente apuntábamos, remite siempre a su vinculación con los aspectos imaginarios y mitológicos. Así, en *La violencia totalitaria*, Maffesoli nos sugería adentrarnos en el análisis de la utilidad política del mito revolucionario, mostrándonos un nexo básico entre mito y revolución. La seducción de los movimientos revolucionarios descansaría, a su juicio, en un mito que los animaría y que los impregnaría de un carácter propiamente mesiánico. «Hay que señalar un último interés del paradigma mítico. El de subrayar una puntuación que puede encontrarse en los fenómenos revolucionarios y en las manifestaciones mesiánicas»⁷. Por tanto, la fuerza de los mitos, de las religiones, de las utopías..., radicaría más en su forma que en su contenido, en su capacidad para interpenetrar la conciencia colectiva y garantizar una *socialidad*.

III. CRÍTICA DE LA MODERNIDAD E IMAGINARIO

Influenciado por el pensamiento de Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*, Maffesoli entiende que la modernidad ha impuesto un totalitarismo de la razón que reduce la realidad a criterios de utilidad y cálculo, sustituyendo, a través de un proceso de aparente desmitologización, al mito por el número. Así, de esta forma, la racionalidad moderna sería el asidero sobre el que descansaría la consolidación del ideal productivo y el mito del progreso. A través de ella, la heterogeneidad y singularidad de la realidad se someten a un perverso principio de equivalencia generalizada que concibe lo real como aquello reducti-

⁵ M. Maffesoli, *La transfiguration du politique*, París, 1992, p. 101.

⁶ M. Maffesoli, «The Social Imaginary», *Current Sociology*, vol. 41, n.º 2, 1993, p. 66.

⁷ M. Maffesoli, *La violencia totalitaria*, Barcelona, 1982, p. 90.

ble a un preestablecido esquema racional y que, en consecuencia, reprime la diferencia. En suma, Maffesoli trata de mostrar cómo la racionalidad científica es un elemento constitutivo de la dominación social. Por otra parte, esta racionalidad abstracta, cuantitativa y formal, característica de la modernidad, resultaría estéril al tratar de descifrar aquellos aspectos de la vida social irreductibles a este excluyente modelo de racionalidad. De ahí, el llamamiento, por parte de Maffesoli, a una *razón sensible*, a una *razón erótica*⁸, a un raciovitalismo que redescubra la analogía y la metáfora como vías de conocimiento capaces de desentrañar toda la riqueza de lo social.

Si la modernidad estableciera una lógica caracterizada por una *monovalencia de lo racional* en la que el mito y lo imaginario quedaran proscritos de la experiencia social, la cultura postmoderna, piensa Maffesoli, testimonia el valor y la eficacia social de éstos, realza aquello que precisamente fuera excluido por la programática moderna; insinúa, en suma, un *paradigma estético* de cultura. Maffesoli utiliza la noción de *formismo*, inspirada en el pensamiento social de Georg Simmel, como elemento clarificador de esta efervescente sensibilidad postmoderna. Así, una perspectiva sociológica *formista* sería aquella que permitiese mostrar la relevancia de distintas formas de coparticipación comunitaria movidas por una actitud sentimental. En efecto, el autorreconocimiento es el móvil básico que preside la lógica de lo social, es lo que permite comprender la cultura postmoderna a partir de una religiosidad profana en la que se realza aquello que tiene que ver con un sacramento común, del cual la *forma* es su fundamento. La *forma* carecería de toda dimensión de proyecto, de finalidad histórica, en la línea de la filosofía del progreso ilustrada; por el contrario, fijaría su atención en la experiencia presente, sería un receptáculo de acogida más que un programa a realizar. Es un vínculo inmaterial que da sentido a las fragmentarias y heterogéneas manifestaciones de la cultura postmoderna. Además, ligado a lo anterior, destaca la *participación mística* como la dinamizadora de la experiencia colectiva, cuestionando el individualismo impuesto por la modernidad. De este modo, muestra un novedoso *reencantamiento del mundo* en el que aflora el mito pretendidamente disuelto por el espíritu racionalista. Lo postmoderno, cultura caracterizada por una lógica de la *forma*, rescata así, para Maffesoli, lo premoderno, es decir, lo que el programa moderno intentara soterrar.

⁸ Véase M. Maffesoli, *Elogio de la razón sensible*, Barcelona, 1997, pp. 149-256, en donde se nos muestran las características de este tipo de razón *interna* y fenomenológica alternativa a la razón abstracta y formal obsesionada por el rigorismo conceptual. Desde esta nueva modalidad de razón, por el contrario, se acepta la polisemia como un rasgo genuinamente característico de la vida social. Este es, también, el verdadero significado epistemológico del *formismo*: destacar la irreductibilidad de la experiencia social a una simplificadora constricción conceptual. En torno a esta cuestión, véase M. Maffesoli, *Pour une sociologie relativiste*, París, 1981 y 1985, así como *El conocimiento ordinario*, México, 1993, pp. 79-117.

IV. LO IMAGINARIO COMO CONFIGURADOR DE LA *SOCIALITÉ*

En el pensamiento de Maffesoli está indudablemente presente una inquietud sociológica por comprender la naturaleza de unas novedosas y plurales expresiones comunitarias que afloran en el conjunto de la vida social. En este sentido, la tesis de Durkheim según la cual la religión configura la integridad simbólica de la sociedad le sirve como utillaje teórico esclarecedor de estas manifestaciones. Su interés sociológico, a juicio de Maffesoli, radicaría en que son un testimonio de la saturación de la modernidad, con lo que ello implica: el descrédito de la categoría de sujeto y la necesidad de superación de una racionalización de la existencia.

Maffesoli, realzando la importancia de la emoción vivida en común y del sentimiento compartido, propone el *paradigma tribal* como diagnóstico nuclear de las sociedades postmodernas. Por medio de éste, se designarían unos modos de relación social de tipo *empático* que testimoniarían la crisis de un proyecto social en tensión de futuro y la vitalidad de un sentimiento de comunidad ligado a lo presente. La crisis del *metarrelato* moderno provocaría la efervescencia de aquello reprimido bajo éste, propiciaría la emergencia de un componente *pulsional* que se canalizaría y plasmaría en unas nuevas micromitologías de las cuales cristalizaría un sentimiento de comunidad compartido, un *ethos* común que adopta una expresión propiamente pasional y emocional, a lo que Maffesoli denomina como *paradigma estético* de cultura.

Al mismo tiempo, según Maffesoli, la modernidad había significado la consolidación de la noción de identidad del sujeto. No obstante, en la actualidad, esta categoría entra en crisis con el surgimiento de formas de *socialidad* que persiguen la disolución de la identidad en un sentimiento vivencial de comunidad, de *estar juntos*, que caracterizaría inequívocamente a las sociedades postmodernas. No se trataría, por tanto, de concebir la postmodernidad como un repliegue hacia el individualismo⁹, sino, por el contrario, como la exaltación de un narcisismo colectivo enraizado en una *socialidad* desindividualizante que se ampara en un sentimiento de pasión compartido. Es lo que Maffesoli expresa como «el deslizamiento desde la lógica de la identidad hasta la lógica de la identificación»¹⁰.

En este punto es donde el imaginario social entra en juego, puesto que las novedosas manifestaciones de *socialidad* obedecen, en última instancia, a expresiones de *religación* que

⁹ Esta sería la conocida tesis defendida en los años ochenta por G. Lipovetsky, *La era del vacío*, Barcelona, 1983, pp. 49-78. Para este autor, lo postmoderno se caracterizaría por un retraimiento narcisista e individualista resultante del desmoronamiento de los grandes relatos emancipadores que nutrieran la dinámica de los movimientos sociales desde el siglo XIX. En una línea similar, puede verse Ch. Lasch, *La cultura del narcisismo*, Barcelona, 1991, pp. 21-75.

¹⁰ M. Maffesoli, *Sobre el tribalismo*, París, 1996, p. 17.

adquieren consistencia en un imaginario común. Desde una perspectiva similar, debiera ser comprendida, según Maffesoli, la efervescencia de la imagen en la sociedad actual. La imagen realza su importancia en una cultura *proxémica*, en la que se otorga prioridad a lo comunitario sobre lo individual y a las pequeñas historias vividas frente a la gran historia. A través de ella, se alcanzaría un reconocimiento y una identificación comunitaria.

En *Au creux des apparences. Pour une éthique de l'esthétique*, Maffesoli afirma que la omnipresencia de la imagen en la vida social nos remitiría a un imaginario, a una suerte de inmaterialidad, en donde la imagen adquiere una particular significación. Este *mundo imaginario* es el soporte sobre el que se solidifica un sentimiento de comunidad compartido. De ahí que la imagen se configure, pues, como un *sacramento generalizado* que favorece la interacción social y propicia la vivencia comunitaria: «...la imagen es ante todo ecológica, se inscribe en un contexto, se vincula a un grupo dado»¹¹. A juicio de Maffesoli, podría hablarse incluso de una *corporalidad espiritual* albergada en el seno de la propia imagen, puesto que ésta dispone de la facultad de movilizar y fusionar las diferentes sensibilidades individuales. Por medio de ella, la materialidad expresa un sentido de congregación simbólica y, al mismo tiempo, el espíritu de la sociedad adquiere una forma material y concreta. Maffesoli lo expresa sintéticamente como: «...saber *epifanizar* la materia y *corporalizar* el espíritu. Física mística de la *sociabilidad*»¹².

V. LA LEGITIMACIÓN DEL ORDEN SOCIAL

En el primer capítulo de *La transfiguration du politique*, Maffesoli aborda la relación existente entre lo imaginario y los mecanismos de legitimación de la dominación social. El poder, piensa Maffesoli, necesita revestirse de una aureola simbólica desde la cual germine aquello que La Boétie llamaba una *servidumbre voluntaria*, es decir, una aceptación interiorizada del orden social por parte de los dominados que surja de su propia voluntad sin necesidad de recurrir al uso de una violencia externa sobre ellos. De este modo, el poder invoca siempre a lo imaginario, al ámbito del deseo, del sentimiento, consiguiendo controlar la pasión común y compartida que caracteriza a toda forma de sociedad. De hecho, el grado de eficacia en la conservación del poder radicaría precisamente en su capacidad para administrar el imaginario colectivo de una sociedad.

Maffesoli denomina *origen ecológico del poder* a la apelación del poder al orden de lo mítico. El orden social se funda, de este modo, en una cosmogonía de la que cristaliza una

¹¹ M. Maffesoli, *Au creux des apparences. Pour une éthique de l'esthétique*, París, 1992, p. 113.

¹² *Ibid.*, p. 114.

tradición y que consolida la vida de una sociedad. Así, se puede hablar de un fundamento religioso de todo poder político, o, lo que es lo mismo, se puede afirmar que todo ejercicio de la política se sostiene en última instancia sobre la religión. Esta religiosidad de la que se nutre el poder es lo que permite explicar la *servidumbre voluntaria* de los individuos, en la que se les hace creer a éstos que la dominación en lugar de tal es un servicio prestado a la entidad gobernante, la cual, como contrapartida, procuraría la protección al cuerpo social. «La sumisión no es más que el correlato de la protección. La característica esencial del jefe es asegurar un recurso, de ser garantía de un equilibrio»¹³. En suma, el ejercicio de lo político reclama siempre una mitología fundadora y legitimadora que remite a lo religioso. Es lo que pretende señalar Maffesoli al decirnos que, en última instancia, «...todos los políticos destacados son grandes conquistadores de almas»¹⁴. Porque, en definitiva, piensa Maffesoli, el carácter de religiosidad de lo político radica en su eficacia para generar un sentimiento de comunidad compartido a través de la incitación a lo imaginario. «Para decirlo en otros términos, más clásicos: no hay política sin religión. Religión siendo tomada en su sentido estricto: lo que enlaza a gente portando un conjunto de presupuestos comunes»¹⁵. Desde esta perspectiva, se podría llegar a explicar la disolución de la individualidad en un *nosotros colectivo*, alimentada tanto por los regímenes fascistas como por los emergentes movimientos populistas de las sociedades actuales.

VI. LA NOCIÓN DE IMAGINARIO SOCIAL DE MICHEL MAFFESOLI EN EL MARCO DE LA SOCIOLOGÍA CONTEMPORÁNEA

La relevancia sociológica que confiere Michel Maffesoli al orden de lo imaginario se inscribe en una fecunda tradición en el campo de las ciencias sociales arraigada en Francia desde los años setenta del pasado siglo. Dicha tradición está especialmente preocupada por aplicar la concepción filosófico-antropológica de lo imaginario fundamentada por Gilbert Durand en *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*, pero que puede retrotraerse incluso al estudio de la naturaleza de la imaginación poética de Gaston Bachelard y a la formulación de los rasgos de la imaginación creadora del islamista Henry Corbin, a la comprensión sociológica de diferentes contextos de la vida social. Michel Maffesoli, Georges Balandier, Pierre Sansot, Raymond Ledrut o Alain Pessin, entre otros, adscritos en mayor o menor medida a lo que se conoce como Escuela de Grenoble, se han reapropiado de la noción de imaginario como utillaje teórico destinado a la elaboración de un nuevo paradigma

¹³ M. Maffesoli, *La transfiguration du politique*, París, 1992, p. 39.

¹⁴ *Ibid.*, p. 37.

¹⁵ *Ibid.*, p. 37.

ma sociológico en el que se concede una singular trascendencia a la interpretación de los componentes míticos y simbólicos arraigados en la vida colectiva. En el caso concreto de Maffesoli, esta preponderancia atribuida a lo imaginario se conjuga, además, con una notoria influencia de la sociología francesa de raigambre durkheimiana, gestada en *Las formas elementales de la vida religiosa* y proseguida por autores como Roger Caillois o Roger Bastide. En este contexto, la originalidad de la aportación sociológica de Maffesoli en torno a lo imaginario puede estructurarse bajo un triple aspecto:

a) La fundamentación epistemológica de una sociología de la vida cotidiana que focaliza su atención sobre lo banal, lo efímero, lo frívolo, en la que lo imaginario, incluido en el registro de lo simbólico, juega un papel nuclear.

b) La utilización del orden de lo imaginario en la propuesta del *tribalismo* como novedoso marco teórico encargado de elucidar la lógica específica de una variada gama de fenómenos sociales emergentes en las sociedades contemporáneas. En esta perspectiva, lo imaginario es contemplado como un continente de acogida que proporciona una identidad social, como un espacio que conforma una congregación comunitaria en torno a emblemas simbólicos.

c) La inscripción de la noción de imaginario en el debate teórico contemporáneo centrado en torno a la modernidad. Lo imaginario, en este contexto, facilitaría un *reencantamiento* de una existencia social previamente *reificada* por una unidimensional racionalidad moderna, edificando potenciales posibilidades de realidad, *utopías intersticiales* en palabras de Maffesoli, que transfigurarían la *desencantada* realidad cotidiana.

BIBLIOGRAFÍA

LASCH, Christopher (1999): *La cultura del narcisismo*, Barcelona, Andrés Bello.

LIPOVETSKY, Gilles (1986): *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama.

MAFFESOLI, Michel (1977): *Lógica de la dominación*, Barcelona, Península.

— (1981): «Pour une sociologie relativiste I», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXXI, pp. 205-213.

— (1982): *La violencia totalitaria*, Barcelona, Herder.

— (1985): «Pour une sociologie relativiste II», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXXVIII, pp. 5-13.

— (1990): *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*, Barcelona, Icaria.

— (1992): *Au creux des apparences. Pour une éthique de l'esthétique*, Paris, Livre de poche.

MAFFESOLI, Michel (1992): *La transfiguration du politique. La tribalisation du monde*, París, Livre de poche.

— (1993): «The Social Imaginary», *Current Sociology*, vol. 41, n.º 2, pp. 59-67.

— (1993): *El conocimiento ordinario*, México, FCE.

— (1996): *L'Ombre de Dionysos. Contribution à une sociologie de l'orgie* (traducido como *La orgía. Una aproximación sociológica*), Barcelona, Ariel.

— (1996): «Sobre el tribalismo», *Université René Descartes V/ver de Sciences Sociales/núm.12*, pp. 17-23.

— (1997): *Elogio de la razón sensible*, Barcelona, Paidós.

ABSTRACT

Michel Maffesoli is one of the present-day sociologists who has most interested himself in the study of the social effectiveness of imaginary in the sphere of everyday life. In this article, an attempt is made to delve into the theoretical dimension of social imaginary in this author. The field in which we move is, then, that of sociological theory, touching on four determinant aspects in its consideration of social imaginary: the meaning of utopia, issues surrounding modernity, symbolic integration into neotribalism, and the legitimacy of social order.

Key words: Imaginary, Utopia, Modernity, Tribes.
